

Apuntes sobre poesía y poética

Gildardo Montoya Castro*



Retrato de Louisanne Kuffner, 1939.

Fecha de
recepción:
2019-05-12
Fecha de
aceptación:
2020-03-03

EN
TOR
NO

08

* Sinaloa, 1959. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UAM. Cursó la Maestría en Letras Mexicanas en la UNAM. Ejerce la docencia en la Universidad Autónoma Chapingo. Ha publicado algunos libros como *El ladrón que sobornó a la luna*, entre otros; y poemas de su autoría fueron incluidos en diversas antologías como en *Los mejores poemas mexicanos* de Mortiz en 2005; y en *Poemas para un poeta que dejó la poesía*, Cuadernos de *El Financiero*, en 2011.



oesía y Poética in-titulo estos apuntes, y de inmediato la memoria agradecida en la vivacidad del prodigio recordatorio me permite traer en mención una declaración del poeta y editor argentino Hugo Gola: “El poema testimonia, por medio del lenguaje, las íntimas palpitations del corazón humano y las irradia luego para que sean, eventualmente, compartidas por todos”; aseveración, la anterior, que es posible imbricar, creo, fundir con otra de ímpetu claridoso emitida por el poeta tabasqueño Carlos Pellicer, quien afirma que “la poética es la impulsión misteriosa que nos permite realizar un poema”. Poesía y poética insisto, y no sé por qué razones la mano me lleva a escribir en este momento, un viejo vocablo que a más de uno provoca escozor o franco desdén irrisorio. Me refiero a la *inspiración*; la cual, precisamente, provista de “íntimas palpitations”, es una especie de detonador impulsivo que proporciona

el sello imborrable de toda incursión creativa. Pienso que la poesía es, finalmente, un acto sensitivo, “Arte de hacer”, según su acta originaria, que –y aquí me hago acompañar por el talento argumentativo de Joseph Brodsky– tiende a fraguar su materialidad expresiva bajo el instantáneo acorde de tres modos cognitivos: analítico, intuitivo y aquel al que todo poeta quisiera dar a la “caza alcance”: la revelación.

Y la revelación, como yo la entiendo, es posible que también columbre, brote, de cosas tan simples, tan elementales como el ladrido quejumbroso de mi perro ahí en el jardín de casa; tan simples, sí, pero un día te miras plasmando en tinta un consuelo, un poema...

En casa tengo un perro
que no encuentra su
verdadero ladrido. Lo mismo
imita al perro vecino, que imparable,
ladra, ladra; pero, mi perro, prudente,
termina por fastidiarse y se apropia
de otro lamento, allá en la lejanía,
suave, melancólico, cualquiera
adivinaría un perro enamorado... a lo
bestia;



cómo me gustaría emular el hermoso engaño en el que vive mi querido perro, voces, señales, irme, irme, perderme, fuera del tiempo.

Ahora doy paso a la lúcida observancia del poeta serbio Charles Simic, recogida en su libro de ensayos *El flautista en el pozo*, trabajo en el que subraya que “el deseo secreto de la poesía es detener el tiempo. El poeta quiere recuperar un estado de ánimo, una nube en el cielo, un árbol al viento. Los poemas son fotografías de otras gentes en las que nos reconocemos”; quedémosnos con lo que indica Simic, sobre los estados de ánimo, sensaciones afectivas o discordantes, como puede ser, sin duda, la alegría, el festivo agradecimiento de estar vivos. En ese sentido, podemos citar el poema del cubano Eliseo Diego que canta:

Un pájaro en lo alto,
en lo más fino
del árbol alto,
un tomeguín
nervioso, breve, tan liviano

como un soplo de luz,
está cantando
su propia levedad,
la maravilla
de su increíble ser
su pura vida
minúscula, perfecta, iluminada.

O el agudo asombro, el temblor, la perplejidad existencial en los versos de Rainer María Rilke:

“¿Quién, si yo gritase, me escucharía desde el coro de los ángeles?”

O la bendita lluvia en el páramo rulfiano, esa invocación memoriosa de lo imposible:

“Miraba caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba, pensaba en ti, Susana”.

Pero también alcanza el sentir poético a aquellos emblemáticos zapatos viejos de Vincent Van Goh, de los cuales la argentina Olga Orozco hace este registro:

Son tus viejos botines, infortunado Vincent,
hechos a la medida de un abismo interior, como las ortopedias del exilio;]
dos lonjas de tormento curtidas por el betún de la pobreza,
embalsamadas por lloviznas agrias,
con unos lazos sueltos que solamente trenzan el desamparo con la soledad].

Y ya encarrerados quiero contarles acerca del regalo visual que me entregó una muchacha, y yo entonces, con el viento de su música, el parpadeo emocionado, escribí:

¿ Con qué ventura escribo ese verso
estremece alegre la canción de una
muchacha, y la bicicleta púrpura,
tenaz, estela, la lluvia?

Así dicho, en este fugaz recuento, ciertamente de “vuelo animoso” que nos proporciona la lectura de interés poético, bien cabe recurrir a la agudeza

del venezolano Rafael Cadenas cuando apuntala con brío reflexivo: “¿Qué se espera de la poesía sino que haga más vivo el vivir?” ¿Y que nos sugiere a nosotros la expresión *hacer más vivo el vivir*? Pienso que la intención es tener presente, ya como poeta, ya como lector, los tantos matices, tonalidades, claroscuros, momentos brumosos o fulgurantes que nos conforman, crean o impulsan como seres humanos. En este tenor, inscritos en el encantamiento y teniendo en cuenta que el muestrario creativo de lo poético es múltiple, variado, inagotable. Me detengo en un poema, precisamente, de Charles Simic, pues estoy convencido de que cada lector puede encontrar en su propuesta todas aquellas “ventanas” o “luz espejeante” que quisiéramos introyectar cuando nos acercamos a la poesía.

Quando contemplé mi pobreza,
mis botas y el vientre de mi esposa,
el ratón muerto en la trampa
y el rostro de mi hijo mientras dormía,
supe que ya nada podría herirme.
Puedo echar a andar en la noche
sin esperanza,
sin dirección.
Ya nada puede herirme.
Sé que vivo.
Es un regalo
que ya no tengo miedo
de abrir.

Enseguida, con riesgo de ser excesivo, quizá redundante, me permito comentar que existen libros, auténticos

faros de sabiduría, que suelen representar verdaderas “islas del tesoro” por las pródigas alusiones, enseñanzas, interminables cabalgatas hacia lo profundo, incluso ignoto, de la experiencia humana, deteniéndose de manera especial en las preocupaciones de aquellos hombres y mujeres que sienten una inquieta inclinación por la vocación artística. Me refiero a *Cartas a un joven poeta* de Rainer María Rilke. Estoy convencido de que si el posible lector o aspirante a bordar versos gira el picaporte de la propuesta rilkiana, habrá de viajar por un paginario que le regalará pasajes de imperecedero, vívido placer y un continuo escudriñar en lo que somos o podemos ser: “Si su vida cotidiana –anota el autor de las *Elegías del Duino*, *Sonetos a Orfeo*- parece pobre, no la culpe, cúlpese usted: dígame que no es lo bastante poeta para suscitar sus riquezas. Para los creadores no hay pobreza ni lugar pobre, indiferente”; y en otro párrafo puntualiza: “No basta tampoco tener recuerdos. Hay que saber olvidarlos si son muchos, y con gran paciencia esperar hasta que vuelvan. Los recuerdos, en sí, nada son si no se vuelven sangre en nosotros; sólo entonces puede suceder que surja de ellos la primera palabra de un verso”.

¿Pero qué tipo de palabra deberá ser incluida en el verso al que alude Rilke? ¿Se referirá a aquella palabra concebida con las tantas, indispensables intensidades que requiere un poema: sonido, sentido, ritmo, silencio, emoción, intuición, dolor, soledad, angus-



tia, tributo a la vida, pasión, salvación? Sí, de acuerdo, señor, puede observar alguien al paso, parece convincente su apreciación, pero me quedo insatisfecho, y, ni modo, debo formularle la eterna pregunta: “¿Qué es la poesía? A lo cual yo podría responder con San Agustín: “Si nadie me lo pregunta lo sé; pero si me lo preguntan y quiero explicarlo, ya no lo sé”. Sin embargo, entiendo que la idea es buscar, aventurar claridades. ¿Y qué mejor que dejar la palabra a los poetas? Así, recordemos lo que señala Octavio Paz: “La poesía nos ilumina, nos revela rostros secretos, puede *encantarnos*. Y sobre todo, puede volver *otro* el mundo, puede mostrar la otra cara de la realidad. Yo no podría vivir en un mundo sin poemas porque la poesía salva el tiempo, salva el instante”. Por su parte el cubano Eliseo Diego lanza la flecha envenenada: “la poesía es algo indefinible. Si alguna vez se logra definir, se habrá acabado la poesía”. Como se ve, resulta fascinante intentar dilucidar, asir una posible luz cierta del fenómeno poético. Por eso, tal vez, hay opiniones que irradian una frescura estimulante, como las expresadas alguna vez por el inolvidable vate inglés Dylan Thomas, quien afirmó: “Poesía es lo que me hace reír o llorar o bostezar, lo que hace vibrar las uñas de mis pies, lo que hace desear hacer esto, aquello o nada, y conténtese con eso. Lo que importa con respecto a la poesía es el placer que proporciona, por trágico que sea. Lo que importa es el movimiento eterno que está detrás de ella”.

Por todo este soporte argumentativo. Es pertinente subrayar que la poesía nunca cumplirá un papel de mero ornamento u ociosidad “optativa” en los ámbitos académicos o de la vida toda; cumple, creo, una indiscutible labor en la muchas veces incompleta educación integral de los estudiantes o en cualquier ser tocado por lo humano. La poesía es, debe ser, palabra que va más allá de la palabra; palabra-palabra, que hace reír, que hace llorar, sensaciones, obsesiones, sentimientos, recuerdos, indagaciones tocadas desde el sentir en busca de plenitud terrenal .

Como puede observarse en los párrafos precedentes, tratar de definir, acaso buscar costuras invisibles a la poesía, es emprender un viaje, en efecto, ilustrativo, placentero, pero nunca podremos referirnos a una faena que nos deje plenamente complacidos. Y lo mismo sucede cuando queremos aprehender en términos definitivos asuntos definitivamente esenciales tales como el amor, el sufrimiento, la alegría, el destino, la música. Pero, entonces, ¿por qué insistir en escribir poesía, cuando el desierto se acerca, tal y como lo anunciaba Nietzsche? ¿De dónde brota esa llama, ese cosquilleo sensitivo, que conforma el paso, la visión, la huella de lo que quieres, puedes, coliges, deseas, aspiras a estar siendo en la tierra? ¿Quién provee en ti, en el deslizar de tu pluma sobre la hoja en blanco, esas palabras que adivinas precisas, exactas, insustituibles y por medio de las cuales te has propuesto plasmar de esa manera,

y sólo de esa manera, lo que te impacta, obsede, angustia, enamora, ilusiona?

Pienso que quienes nos inclinamos por la “hechura” de versos, nunca sabremos con certeza cuáles son las razones, el entramado vivencial que nos encamina a escribir de manera recurrente sobre la revelación que otorga la infancia, su resonancia marina, urdida con los lazos nutricios, indestructibles de la sangre, su memoria (*padre, papá, ¿quién soy? ¿Acaso usted lo sabe? Le diré con ámpula, que soy el destino irónico que vomita abecedarios mudos*), la aparición o vivo milagro de los perros, la imposibilidad del amor, el golpeteo inclemente del paso del tiempo, la búsqueda posiblemente quimérica de asir una fe en algo, alguien. Y también otro asunto que considero primordial: el encuentro, la salvación de la música, pues creo que cada ser humano tiene o debiera tener en el ritmo de su paso, de su huella existencial, una preocupación de intensidad melódica. Es decir, somos música y al parecer no lo sabemos y un día de tantos nos sacan con los tenis por delante, nos retiramos, ignorando que dentro de nosotros estaba latente un “alto surtidor” armónico que nos dotaría de sensibilidad, de claridad, para enfrentar los fieros, filosos molinos del tiempo... ¿Cómo descubrir ese ritmo, esa cadencia de plenitud con lo eterno? No en balde anota Heidegger en alguna parte que “todo arte es esencialmente poema”.

Hasta la fecha son tres libros los que he publicado. Tres libros, digo, en los cuales intento hurgar, “trastear” en

la complejidad de lo humano, la vida como instante de asombro, ese querer llegar hasta el último reducto, el bagazo de lo que somos, como si tuviera espacio y tiempo, agujijón, la verdad, sin menoscabo de la implicada, intrincada aspiración brotante de belleza en el mismo cometido de lo poético. Digo verdad y belleza queriendo rechazar la punzante sugerencia del poeta español Antonio Gamoneda, quien no se anda por las ramas en cuanto a su punto de vista sobre la misión de la poesía; pues, dice, que se escriben versos porque sabemos que inevitablemente vamos a morir. En este sentido, un breve poema de Emily Dickinson pareciera hacer eco anunciatorio:

Es algo tan nimio llorar—
Es tan mínimo un suspiro
Y a pesar de este tamaño
¡Mujeres y hombres morimos!

Pero uno, concluyo, tercamente quisiera oponerse a lances tan asertivos, tan fulminantes, y entonces recurrimos a otras voces, a otros ámbitos como las del alto vate José Lezama Lima y su voz que rasga el misterio: “...el hombre es un ser para la muerte. ¿Y el poeta? Es el ser que crea la nueva causalidad de la resurrección”; pero la resurrección, cavilo, debe ser, suceder, enclavados en la tierra misma; de ahí que nos guste recordar los versos del ruso Andrei Tarkovsky que cantan: “No existe la muerte, / la vida es eterna. No hay que temer / a la muerte ni a los diecisiete, / ni a los setenta. Sólo hay vida y luz”.

